

Malkasian, Carter: *The American War in Afghanistan: A History*, Oxford University Press, 2021, 576 pp. ISBN 9780197550779.

Berenguer, Francisco: *Los orígenes del conflicto afgano: Islam, gobernanza y tribalismo hasta la intervención internacional de 2001*, Amazon, 2022, 218 pp. ISBN 9798797993391.

Juan Avilés Farré¹

DOI: <https://doi.org/10.5944/etfv.34.2022.34216>

En febrero de 2019, el gobierno de Donald Trump, tras unas negociaciones de las que fue excluido el gobierno afgano, llegó a un acuerdo con los talibanes que preveía la futura retirada de las tropas estadounidenses. Ello supuso un golpe durísimo para la moral de las fuerzas gubernamentales, que se deterioró aún más cuando el presidente Biden anunció que la retirada se produciría el 11 de septiembre de 2021, es decir veinte años después de los atentados del 11 de septiembre en Nueva York y Washington que condujeron a la decisión de intervenir en aquel remoto país de Asia central. En tales circunstancias, la ofensiva que los talibanes iniciaron en mayo apenas encontró resistencia y la caída de Kabul el 15 de agosto puso fin a la guerra, antes de la fecha anunciada por Biden para la retirada. Las imágenes de miles de afganos tratando de huir en los aviones que partían del aeropuerto de Kabul recordaron inevitablemente las escenas que se habían producido en Saigón tras la caída del régimen survietnamita. La diferencia era que los survietnamitas habían aguantado más de dos años tras la retirada de sus aliados estadounidenses, mientras que la República Islámica de Afganistán, denominación oficial del Estado que se había fundado tras la caída de los talibanes, colapsó en pocas semanas.

Al día siguiente de la caída del gobierno afgano, el presidente Biden, conocido por su proclividad a hablar con una claridad poco diplomática, pronunció un discurso en la Casa Blanca en el que explicó en los siguientes términos los motivos por los que los Estados Unidos habían decidido retirarse: «Las tropas estadounidenses no pueden ni deben luchar en una guerra y morir en una guerra que las fuerzas afganas no están dispuestas a librar por sí mismas. Hemos gastado más de un billón de dólares. Hemos formado y equipado una fuerza militar afgana de unos 300.000 efectivos. Increíblemente bien equipada. Una fuerza de mayor tamaño que los ejércitos de muchos de nuestros aliados de la OTAN. Les dimos todas las herramientas que podían necesitar. Pagamos sus salarios, proporcionamos el

1. Universidad Nacional de Educación a Distancia. C.e.: javiles@geo.uned.es. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-9755-279X>

mantenimiento de su fuerza aérea, algo que los talibanes no tienen. Los talibanes no tienen una fuerza aérea. Les proporcionamos apoyo aéreo cercano. Les dimos todas las oportunidades para determinar su propio futuro. Lo que no pudimos proporcionarles fue la voluntad de luchar por ese futuro».

La voluntad de luchar, que implica la disposición a morir, es sin duda un factor clave para la victoria en un conflicto armado. ¿Fue pues la mayor voluntad de lucha de los talibanes decisiva? Esa es la conclusión a que llega una excelente historia de la guerra de Afganistán publicada pocas semanas después de que el conflicto terminara y todavía no traducida al español. Su autor, Carter Malkasian, reúne todas las credenciales necesarias para abordar con éxito el análisis de este conflicto que ha durado dos décadas. Doctor en historia militar por la Universidad de Oxford, trabajó en el Center for Naval Analysis, una entidad con sede en Virginia que desde 1942 asesora al gobierno estadounidense y a sus fuerzas navales y en 2004 y 2006 realizó estancias de investigación en Irak. Su primera experiencia en Afganistán la tuvo en 2007, como miembro del equipo de reconstrucción provincial de Kunar, responsable de impulsar iniciativas de desarrollo local. Entre 2009 y 2011 fue representante del Departamento de Estado en el distrito de Garmser, en la muy conflictiva provincia de Helmand, entre 2013 y 2014 fue asesor político del general Joseph Dunford, comandante de las fuerzas estadounidenses en Afganistán, y en 2018 y 2019 participó en las negociaciones con los talibanes en Qatar. Ha tenido pues una experiencia de primera mano en el conflicto y hay que destacar que su dominio del pastún, adquirido en Garmser, le permite analizar la situación no sólo desde la perspectiva estadounidense, sino también desde la afgana, algo que es fácil apreciar leyendo su obra. En 2013 había publicado ya un primer libro sobre la guerra afgana, basado en su experiencia personal en el distrito de Garmser: *War comes to Garmser: thirty years of conflict on the Afghan frontier*. Su siguiente libro, de 2017, se centró en el conflicto de Irak: *The Anbar Awakening and the rise of the Islamic State*.

Malkasian está convencido de que la decisión inicial de intervenir en Afganistán tomada por el gobierno de George W. Bush tras la negativa talibán de extraditar a Osama Bin Laden, responsable de los atentados de Nueva York y Washington, fue un acierto. Destruir las bases de Al Qaeda en Afganistán era un requisito para proteger a Estados Unidos de nuevos ataques en su territorio. Y el resultado inicial fue muy satisfactorio: el apoyo aéreo estadounidense permitió a las fuerzas de la Alianza del Norte derrotar a los talibanes, a quienes llevaban años combatiendo, en apenas dos meses. El problema era qué hacer después y en las decisiones que se tomaron al respecto jugó un papel decisivo el secretario de Defensa Donald Rumsfeld, quien era plenamente consciente del peligro de empantanarse en Afganistán y del coste de una intervención prolongada. Su deseo habría sido retirarse cuanto antes, pero de hecho las decisiones que tomó contribuyeron a prolongar el conflicto. Se negó a explorar un acuerdo con los talibanes, como llegó a proponer el presidente afgano Ahmed Karzai, en un momento en que

aquellos se encontraban en una situación de debilidad. Promovió operaciones antiterroristas para la eliminación de los cuadros talibanes que generaron una reacción adversa en la población que presenciaba en sus pueblos incursiones letales de soldados extranjeros. Pero en cambio trató de limitar el apoyo a la creación de unas poderosas fuerzas armadas afganas, con el resultado de que cuando en 2006 los talibanes pasaron a la ofensiva, aquellas contaban con tan sólo 26.000 efectivos. Para entonces la prioridad había pasado a ser Irak.

El presidente Obama deseaba también una pronta retirada, pero era consciente del peligro que suponía verse considerado blando frente al terrorismo por la opinión pública de su país, así es que intentó la opción de un gran refuerzo de las tropas estadounidenses en la esperanza de obtener éxitos significativos en el campo de batalla. De hecho, en aquellos lugares en que el poderío militar americano se empleó a fondo, en duras y prolongadas campañas que Malkasian describe con gran maestría, los talibanes fueron derrotados. El problema es que esos éxitos locales no podían resultar decisivos y aplicar esa estrategia en el conjunto del país habría representado un enorme esfuerzo en hombres y dinero durante demasiado tiempo. Así es que primero Trump y luego Biden llegaron a la conclusión de que si en veinte años no se había logrado aplastar la insurgencia talibán, no cabía esperar que se fuera a lograr en treinta o cuarenta, por lo que la mejor opción era retirarse. Fue la opción que medio siglo antes se había tomado en Vietnam y los resultados han sido los mismos.

¿A qué se debió el triunfo talibán? Malkasian pasa revista a varios factores que a menudo se han mencionado y que sin duda fueron relevantes: la corrupción del Estado afgano; el santuario que Pakistán, guiado por su eterna rivalidad con India, ofreció a los insurgentes; la incapacidad de las fuerzas armadas, la policía y las milicias locales para coordinar efectivamente sus esfuerzos contra los talibanes. Pero para Malkasian lo decisivo fue que el soldado o el policía afgano medio tenía mucho menor voluntad de combatir que los talibanes. Estos últimos luchaban por valores muy anclados en la sociedad afgana: el Islam y la resistencia al invasor. Los gubernamentales, en cambio, aparecían vinculados a unas fuerzas extranjeras enteramente ajenas al país. Una y otra vez, en los últimos años, fuerzas gubernamentales más numerosas y mejor armadas que sus enemigos perdieron batallas porque abandonaron sus posiciones. Todo lo cual no significa que los sucesivos gobiernos estadounidenses no hayan cometido a su vez errores. En opinión de Malkasian la mejor oportunidad de obtener un resultado distinto se produjo en los primeros años y se perdió por las decisiones ya citadas de Rumsfeld, y la última en las negociaciones en que Trump, ansioso de lograr una rápida retirada, renunció a presionar lo suficiente a los talibanes.

Puede que haya habido oportunidades perdidas, pero la lección que en Washington ha quedado es sobre todo la que Biden indicó: ninguna ayuda exterior puede dar a la larga la victoria a quienes no están dispuestos a morir por sus valores. Y parece evidente que la democracia y los derechos humanos, no

digamos la emancipación femenina, resultaban para los afganos ideales mucho menos motivadores que el fanatismo religioso de los talibanes. En Irak, en cambio, la derrota final del Dáesh, en la que las ofensivas fueron realizadas por fuerzas iraquíes, aunque con apoyo aéreo, asesoramiento y entrenamiento internacional, se debió mucho a que tanto chiíes como kurdos estaban dispuestos a luchar por evitar ser dominados por los feroces islamistas sunníes del Dáesh. Esto a su vez muestra el peso de la historia: las mentalidades no cambian radicalmente en unas pocas décadas, las creencias tradicionales no se modifican porque una intervención extranjera traiga consigo mejores escuelas, hospitales y carreteras, como ha ocurrido en Afganistán, sino que se mantiene el recelo ancestral al infiel. Sin embargo, no conviene abandonar el optimismo exagerado acerca de la posibilidad de una rápida transformación de un país para caer en el extremo opuesto de un fatalismo que considere a Afganistán destinado a permanecer décadas y décadas bajo la tiranía oscurantista de los talibanes.

De hecho Afganistán ha experimentado importantes cambios a lo largo de una historia que pocos conocen. Una oportunidad de iniciarse en ella la ofrece el reciente libro de Francisco Berenguer, *Los orígenes del conflicto afgano*. El acercamiento del coronel Berenguer al mundo afgano comenzó en 2005 con los cursos formativos que recibió, junto a oficiales de otros países de la OTAN que iban a ser destinados a aquel país. En ellos se impartían conferencias sobre historia, etnografía, cultura y tradiciones afganas, que le despertaron una auténtica pasión (contagiosa, soy testigo) por el país del Hindu Kush. Tras ello, durante diez meses, trabajó en el Cuartel General de la ISAF IX en Kabul y ello le permitió conocer en detalle las operaciones militares que se realizaban en todo el país, así como los esfuerzos para poner en marcha un sistema de entrenamiento y organización del ejército y del cuerpo de policía afganos. Su interés por el país se mantuvo durante sus estudios posgrado en el Instituto Universitario de Investigación sobre Paz, Seguridad y Defensa General Gutiérrez Mellado, hasta que en 2013 regresó como agregado de Defensa en las embajadas españolas en Afganistán y Pakistán, con residencia en Kabul, función que desempeñó durante cuatro años. Esta larga estancia y una relativa libertad de movimientos le permitieron contactar con personas de muy diversa procedencia social y política. Desde líderes tribales, reconvertidos en líderes políticos en una nueva situación en la que sin embargo pervivía la tradicional política clientelar, hasta funcionarios públicos de base y operarios manuales que hablaban sin recato sobre sus experiencias con los distintos regímenes y de cómo su preocupación fundamental era seguir adelante con sus precarias economías familiares. Todo ello en medio de una guerra insurgente que se iba recrudeciendo y ante una realidad que se daba de bruces con los discursos oficiales.

De regreso a España, emprendió la realización de una tesis doctoral titulada “El enfoque integral en la reconstrucción de Estados y su aplicación en Afganistán, 2001-2014”, en el marco de la Escuela de Doctorado de la UNED, que fue leída en el Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado en julio de 2020 y recibió

la máxima calificación. La primera parte de esta tesis, que aborda la historia del país desde su fundación como Estado en el siglo XVIII hasta la caída del Emirato talibán en 2021, ha dado origen al libro que ahora comentamos. En él se recorren las transformaciones que se fueron produciendo en sucesivas etapas históricas: la expansión del joven reino afgano por obra de Ahmad Shah Durrani, que subió al trono en 1747; las fallidas campañas británicas para someter Afganistán en el siglo XIX; las reformas modernizadoras de Mohammed Daoud Khan, que fue primer ministro del rey Mohammed Zahir Shah y le derribó en 1972 con un golpe de Estado que abolió la monarquía; el auge de los comunistas, que se hicieron con el poder en 1978 tras un nuevo golpe de Estado y provocaron la insurgencia de sectores tradicionalistas y cuyas dos facciones se enfrentaron entre sí, hasta que una de ellas se impuso con ayuda de una intervención soviética en 1989; la larga guerra de resistencia a que dio lugar esa intervención; los violentos enfrentamientos entre los líderes muyahidines que habían logrado la retirada de los soviéticos; y finalmente el triunfo de los talibanes, que en 1996 proclamaron el Emirato Islámico de Afganistán.

Los talibanes, concluye Berenguer, contaban con líderes convencidos de su ideología y con experiencia guerrillera, con masas de jóvenes ideologizados en el exilio en las madrasas paquistaníes, y con el apoyo del país vecino que les sirvió de santuario. Sin embargo, su rigidez ideológica y su brutalidad acabaron por provocar el rechazo de una parte muy importante de la sociedad afgana, lo que propició su derrota en 2001. Lamentablemente, veinte años después han impuesto de nuevo su dominio sobre un país agotado por décadas de guerra.

